

## Autorretrato

Eugenio Montale

Traducción: Guillermo Fernández

Me duele no saber escribir alguna página sobre mi poesía. Una vez intenté hacerlo, pero con resultados muy dudosos. Un viejo texto mío, aparecido en el primer número de *Rassegna d'Italia*, llevaba este título: "Intenciones"; pero luego me convencí de que no soy un poeta intencional, un poeta que parte de una "posición estética" preestablecida. Pero estoy convencido de que la poesía actual puede ser la cumbre o el renuevo de un hecho cultural, no un repertorio de noticias ni actualización de un hombre que se considera *à la page*. De esta sensación y de semejantes intenciones, han surgido, a la vuelta de tres decenios, cientocincuenta poemas que recogí en tres volúmenes: *Huesos de sepia* (1925), *Las ocasiones* (1939) y *La tormenta y lo demás* (1956). Este último fue premiado en Valdagno en ese mismo año. El argumento de mi poesía (y creo que de toda poesía) es la condición humana considerada en sí misma; no tal o cual acontecimiento histórico. Esto no significa desentenderse de lo que ocurre en el mundo; sólo significa conciencia y voluntad de no confundir lo esencial con lo transitorio. No me mantuve indiferente a lo que ocurrió en los últimos treinta años; pero no puedo decir que si los hechos hubieran sido diferentes mi poesía habría tenido un rostro totalmente distinto. Un artista lleva consigo una actitud particular frente a la vida y una cierta actitud formal para interpretarla de acuerdo con sus propios esquemas. El artista prevé, en mayor o menor medida, los acontecimientos externos; pero, de algún modo, éstos dejan de ser interesantes cuando ocurren. Entre estos acontecimientos que me atrevo a llamar externos, estuvo el fascismo, determinante para un italiano de mi generación. Nunca he sido fascista ni le he cantado al fascismo; pero tampoco he escrito poemas para hostilizar a esa falsa revolución. Desde luego, hubiera sido imposible publicar poemas de oposición al régimen de en-

tonces; pero lo cierto es que no los habría escrito aunque el riesgo hubiera sido mínimo o nulo. Habiendo experimentado desde mi nacimiento una total discordancia con la realidad que me circundaba, el material de mi inspiración no podía ser otro que el de esa discordancia. No niego la desdicha que me provocó el fascismo, la Guerra Mundial y, más tarde, la guerra civil. Sin embargo, en mí existían otras razones de desdicha que iban más allá de estos fenómenos. Tal vez se trate de una desadaptación, de un *maladjustment* psicológico y moral, propio de toda naturaleza de carácter introspectivo, es decir de toda naturaleza poética. Los que piensan que el arte es un producto de las condiciones ambientales y sociales del artista, podrán objetar: lo malo es que usted se desentendió de su tiempo; debió optar por una de las dos partes en conflicto. Cambiando o mejorando la sociedad también se curan los individuos. En la sociedad ideal ya no existirán descompensaciones o inadaptaciones, y cada quien se sentirá perfectamente ubicado; el artista será un hombre como cualquier otro, pero con el don del canto, la aptitud para descubrir y crear la belleza. Respondo que *opté* como hombre; pero como poeta sentí de inmediato que el combate se libraba en otro frente, en el que contaban poco los grandes acontecimientos que se estaban desarrollando. No es desdeñable la hipótesis de una sociedad mejor, pero es una hipótesis económico-política que no autoriza ilusiones de orden estético, no en cuanto mito. Sin embargo, un mito no puede ser obligatorio. Estoy dispuesto a trabajar por un mundo mejor; siempre he trabajado con este propósito; incluso creo que trabajar con este propósito es el deber primordial de todo individuo digno de llamarse hombre. Creo igualmente que no existen posibles previsiones acerca del lugar que ocupará el arte en una sociedad mejor que la nuestra.

Platón expulsaba a los poetas de *La República*; en ciertos países que conocemos sufren persecuciones los poetas ocupados en sus propios asuntos (es decir, en la poesía) en lugar de ocuparse de los asuntos colectivos de sus sociedades. En un mundo unificado por la técnica (y una ideología prevaleciente) no creo que los poetas "individualistas" puedan constituir un peligro para el Estado o el Super Estado que los invite (y tolere). Puede concebirse un modo donde el bienestar y la normalidad de la mayoría dejen que se desahogue libremente la inadaptación de las ínfimas mi-

norías. De todos modos esta perspectiva optimista no evita el altercado entre el individuo y la sociedad. Es igualmente posible la hipótesis de que el altercado se resuelva *manu militari*, suprimiendo al individuo inadaptable. En cambio, lo que parece improbable e indemostrable es el automático —o rápido— advenimiento de una época de oro (en las artes) con la transformación de las estructuras sociales.

Después de esta premisa puedo decir, respondiendo a su pregunta, que me la pasé sentado, observando los desgarradores acontecimientos desarrollados entre las dos guerras mundiales. No podía hacer otra cosa. En mi librito *Finisterre*, y basta el título para demostrarlo, me refiero a la segunda Guerra Mundial, pero de un modo no muy directo. Sin embargo, fue tal mi reacción, que el libro no podía publicarse en Italia. Salió en Lugano en 1943. El epígrafe inicial habría bastado para alertar a la censura fascista:

*Les princes (es decir, los dictadores) n'ont point d'yeux pour voir  
ce grandes merveilles; leurs mains ne servent plus qu'à nous persécuter...*

Son versos de un hombre que sabía mucho acerca de luchas y masacres: Agrippa d'Aubigné. En fin, el fascismo y la guerra le dieron a mi aislamiento la *coartada* que quizá necesitaba. Mi poesía de esos tiempos tenía que volverse más cerrada, más concentrada (no digo más oscura). Después de la liberación escribí poemas de un estilo más inmediato, y que, en ciertos aspectos, parecen un regreso al impresionismo de *Huesos de sepia*, pero filtrados por un cauto control estilístico. No faltan allí referencias a cosas y hechos actuales. De cualquier modo, sería imposible pensar que las escribí hace diez años. Y por eso, aparte de su valor, que no puedo juzgar, debo concluir que me siento perfectamente arreglado con lo que llaman espíritu de nuestro tiempo...

He escrito mucha crítica y, desde 1948, soy redactor del *Corriere della Sera*. De 1929 a 1938, dirigí el Gabinetto Vieusseux de Florencia, del cual fui relevado por insuficiencias políticas. La crítica siempre ha visto mis libros con buenos ojos, los cuales (al menos los dos primeros) cuentan ya con varias reimpressiones. Algunos de mis poemas, traducidos, le han dado la vuelta al mundo. No sabría explicar de qué manera surge en mí la poesía: sólo sé que cada uno de mis poemas ha estado precedido por una larga y

oscura gestación en la que, sin embargo, nada es previsible: ni el tema, ni el título, ni la amplitud del desarrollo. En ciertos casos, tengo la impresión de que dos o tres poemas diferentes, al “precipitarse”, se funden en uno solo. Cuando termina el periodo de incubación, escribo con mucha rapidez y con pocos retoques. Cuando leo a mis críticos descubro las intenciones de mis poemas. A veces no los reconozco en absoluto; otras veces aprendo a distinguir algunas cosas mías que ni siquiera sospechaba. Manifiesto aquí mi reconocimiento a estos críticos; no los conozco a todos y a pocos les he escrito para agradecerse. No menciono sus nombres para no ofender a los que no recuerdo en este momento, ellos también merecedores (pero por otras razones) de estima y gratitud.

En *Retratos a la medida de escritores italianos*,  
Sodalizio del Libro,  
Venecia, 1960, pp. 181-183

## Poesie

Eugenio Montale

Questa rissa cristiana che non ha  
se non parole d'ombra e di lamento  
che ti porta di me? Meno di quanto  
t'ha rapito la gora che s'interra  
dolce nella sua chiusa di cemento.  
Una ruota di mola, un vecchio tronco,  
confini ultimi al mondo. Si disfà  
un cumulo di strame: e tardi usciti  
a unire la mia veglia al tuo profondo  
sonno che li riceve, i porcospini  
s'abbeverano a un filo di piet .

De *Le occasioni* (1928-39)